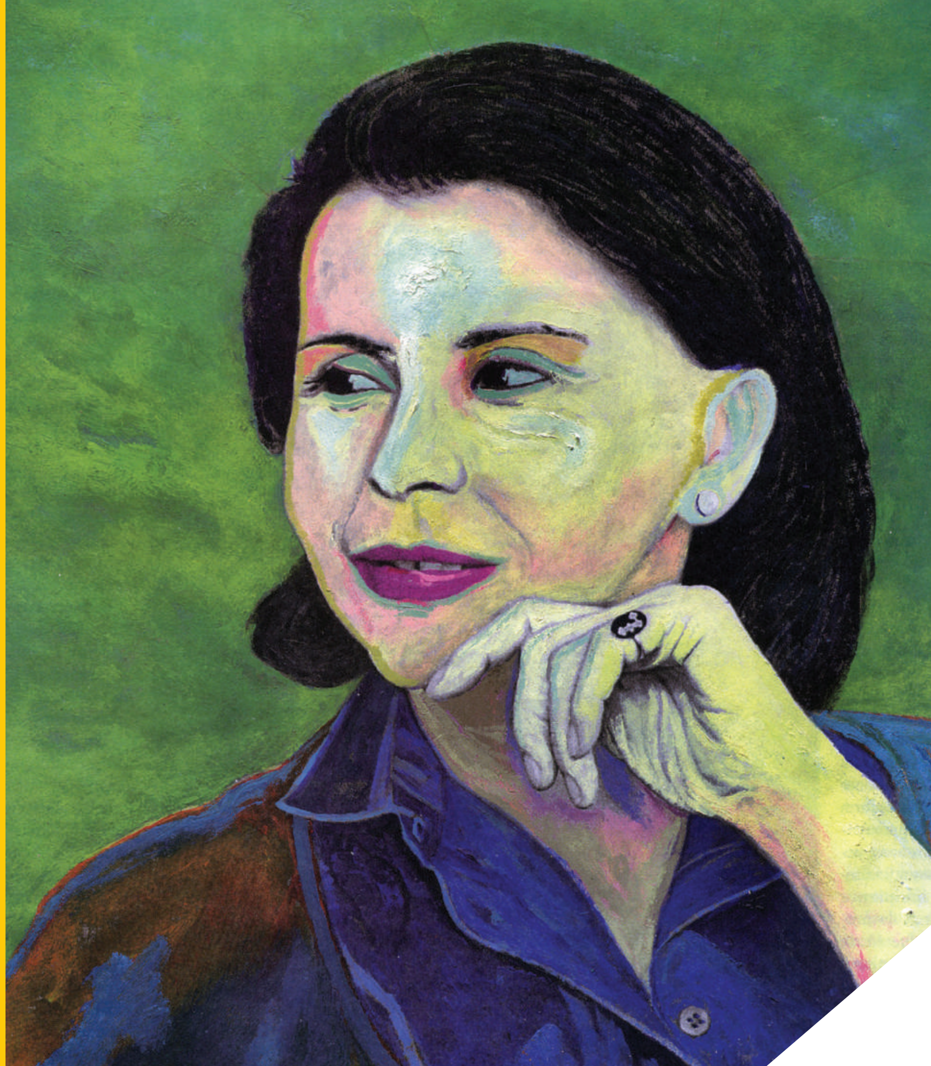
MUNILIBRO 14



BLANCA VARELA

Poeta de la Generación del 50

CECILIA PODESTÁ



Municipalidad de Lima

Cecilia Podestá (1981)

Estudió Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Poeta y editora, ha publicado el libro de cuentos De cabeza sobre el pasto amarillo (2011) y las obras dramáticas Las mujeres de la caja (2003) y La repisa de los juguetes vacíos (2013) y los poemarios Fotografías escritas (Premio Dedo crítico 2002, reeditado en Lima en 2007), La primera anunciación (2006), Muro de carne (2007), Desaparecida (2008) y Vía Crusis en Chepén (2010). Como editora dirige el sello Máquina Purísima.

BLANCA VARELA

Poeta de la Generación del 50




Municipalidad de Lima

BLANCA VARELA Poeta de la Generación del 50
© Cecilia Podestá
© Municipalidad Metropolitana de Lima

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima
Mariella Pinto Rocha
Gerente de Cultura
Virginia Rojas
Subgerente de Patrimonio Cultural, Artes Visuales, Museos y Bibliotecas
Sandro Covarrubias
Jefe de Biblioteca y Archivo Histórico
María del Carmen Arata
Responsable de Publicaciones

SIN VALOR COMERCIAL
Primera edición, setiembre de 2018
Tiraje: 3.500 ejemplares

Diseño de portada, diagramación y edición de fotografía: Rocío Castillo
Corrección ortográfica y de estilo: Jessica Mc Lauchlan
Imagen de portada: Fotografía de Herman Schwarz intervenida por Enrique Polanco, ca. 2000.
Imagen de la presentación: Retrato a lápiz sobre papel. Blanca Varela, por Fernando de Szyszlo. Fotografía: Archivo Familia de Szyszlo Varela.
Imagen de la Introducción: Blanca Varela bajo el lente de Baldomero Pestana, ca. 1960. Cortesía de Fietta Jarque y Carmen Rico.
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2018-14360

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma, sin autorización expresa del autor y de la Municipalidad de Lima.

Editado por:
Municipalidad Metropolitana de Lima
Jirón de la Unión 300
Lima, Cercado
www.munilima.gob.pe

» ÍNDICE

Presentación **7**
Prólogo **8**
Introducción **11**

» **FOTOGRAFÍA DE PARTIDA 15**

» CAPÍTULO I
LIMA DESBORDADA 17
El juego que nunca termina **17**
Una chica en San Marcos **21**
El aula Pancho Fierro, un lugar de reconciliación **25**
Las primeras frases, cuerpos, abandono y plenitud **27**
El chico de Soldado desconocido **28**

» CAPÍTULO II
EN PARÍS 33
La vida después del puerto **33**
París tenía que acabarse **36**

» CAPÍTULO III
EL VIEJO PUERTO, EL PRIMER LIBRO 39
Supe en París **39**
El capitán **44**

» CAPÍTULO IV
LIMA, LA ESTACIÓN DEFINITIVA 47
De regreso a La horrible **47**
Espiando entre libros **48**
Los fantasmas son buena compañía para los poetas **52**
A la espera del concierto animal **55**
Frente al mar, entre los últimos cuadernos y hacia el falso teclado **57**
[A modo de epitafio] **60**

» CAPÍTULO VI
BREVE MUESTRA POÉTICA 61

Bibliografía **81**
Índice y procedencia de las imágenes **82**



» PRESENTACIÓN

La poesía peruana del siglo XX tiene en Blanca Varela a su representante más destacada. Hija de la cantante y compositora criolla Esmeralda Gonzales Castro, conocida como Serafina Quinteras, Blanca se formó en un hogar en el que el arte y la cultura eran el eje central. Luego de estudiar en la Universidad Nacional de San Marcos se dedica a viajar por el mundo llevando consigo sus raíces y su querido puerto Supe, centro de sus memorias y emociones.

Limeña del barrio de Santa Beatriz, fue amiga de un numeroso y heterogéneo grupo de artistas y escritores de su época. El Munilibro 14 relata la vida de Blanca desde su niñez y desde el hogar que luego formara con el pintor Fernando de Szyszlo. Nos ofrece observarla desde la intimidad de sus historias y desde los recuerdos y vivencias que la marcaron.

Los invitamos a que conozcan a una destacada peruana, quien además ha sido merecedora de reconocimientos entre los que están el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo, en 2001, el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca, en 2006 y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, en 2007.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima

» PRÓLOGO

La poesía adquiere visos espirituales con Varela. El poeta mexicano Octavio Paz había visionado en ella una forma de la luz. Y, cual tromba, su bondad luminosa colorea los contornos. Poesía de fragmentos, de fronteras, de amagos. Vigilia de la palabra extrema en su lucidez. La poesía como forma de vida, sí, pero también como forma de conocimiento. En su caso, la poesía era metafísica pura, en el sentido de profundamente humana, laica, antropológica.

En estos textos, fotos, mapas de la vida de nuestra poeta mayor, podrán visualizar una aproximación a la magia de su existencia. Las travesías por las diferentes dimensiones vitales serán mostradas en esta bitácora. Las alas del rumor, seguro, a campo traviesa, donde los conciertos animales son perpetuos. Ese oído sensible, esa oreja musical, esa lengua absoluta cuya extensión se transforma en poemarios, en poemas, en silencios. Después de Blanca Varela sabemos que no es posible el silencio, que hay algo qué decir o escribir, aun cuando todo está perdido.

La poesía peruana tiene un prestigio cuya majestuosidad, acaso también su lado más sublime, nace de la propuesta de manifiestos líricos como los de Eielson, Moro, Westphalen, Eguren, y, por supuesto, esta maestra del verso. ¿Qué hay después de Blanca Varela? Solo un matiz, una variación, una modulación. El mismo ejercicio de lo poético debe entenderse como un sistema de creencias, como una sensibilidad del alma con las cosas, con la detección del espíritu de la naturaleza.

Tenemos, lector unánime, un modo de sentir la poesía en su estado más creativo, en su serena fuerza, en su poderío incólume de tanto sobrevivir. Después de la palabra, sobrevive la palabra, anunciaba nuestro Vallejo, y la poesía de Varela es la más soberbia demostración de ello.

Rubén Quiroz Ávila
Poeta
Universidad Nacional Mayor de San Marcos



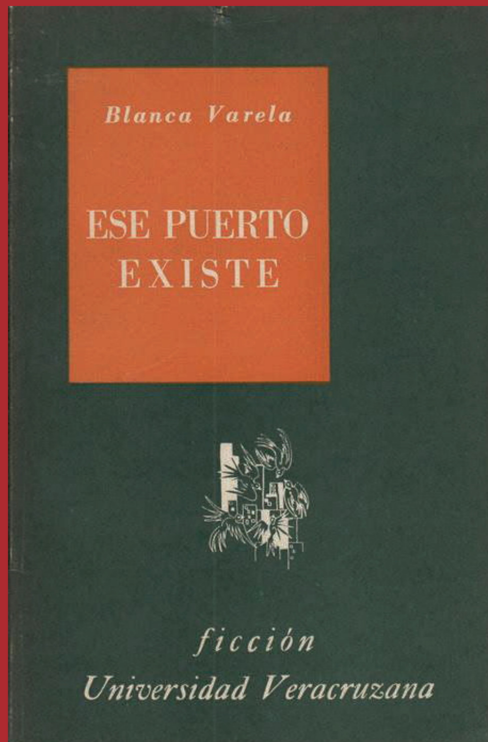
INTRODUCCIÓN

Nadie ha podido explicarse por qué el Perú es un país de poetas. Quizá resulte inútil intentarlo. Lo cierto es que hay un centro invisible donde la fuerza del lenguaje se desentrampa para ir detrás de quienes necesitan palabras salvajes o certeras y así nombrar su desesperación o las cosas más simples, personas, rincones y lugares absolutos.

La poeta Blanca Varela (1926-2009) escribió durante toda su vida, pero sus versos iniciales la situaron dentro de la generación de escritores del 50, junto a Jorge Eduardo Eielson, Pablo Guevara, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Francisco Bendezú, Carlos Germán Belli y otros que se conocieron entre las aulas de San Marcos en los años 40 y las mesas de la peña Pancho Fierro en el centro de Lima, donde empezarían a gestar el gran viaje que no termina ni siquiera ahora en medio de nosotros sus lectores. Pero ahora espiamos el inicio: San Marcos, París y el desembarco de sus palabras aún sin escribir.

Después de terminar la universidad, Blanca Varela también partiría a la Ciudad Luz, que se recuperaba de los estragos de la Segunda Guerra Mundial. Ahí empezaría a escribir *Ese puerto existe* para publicarlo diez años después iniciando una carrera brillante como escritora. A ese libro inicial le seguirían otros

» Blanca Varela bajo el lente de Baldomero Pestana, ca. 1960.



» Primer poemario publicado en 1959.

siete que publicó desde el año 55 ya establecida en Lima, después de vivir también en Italia y EE.UU. Estos son *Luz de día*, *Valses y otras falsas confesiones*, *Canto villano*, *Ejercicios materiales*, *El libro de barro*, *Concierto animal* y *El falso teclado*.

Hoy no solo estamos ante una de las poetas más importantes del idioma castellano, sino ante el retrato de una mujer que persiguió la realidad para otorgarle imágenes, ruido, animales, música y sus propias obsesiones en medio de palabras que tenían el poder de cambiar el tiempo, el tedio, la muerte y todo lo que pueda caber en los ojos de quienes contemplan la vida queriendo más y no se resignan hasta restregarlo todo contra su lenguaje.



FOTOGRAFÍA DE PARTIDA

La costa era una masa tosca que desaparecía, después solo una delicada línea azul, gris o negra observada por una chica que arrugaba dentro de su bolsillo un boleto de tercera clase, áspero, y que quizá hubiera querido confundir con un nervio entre sus dedos. Estaba aterrada, nombrándose en secreto capitán de su instante más solitario. En el puerto los habían despedido como en una fiesta y de esa celebración solo quedaba el firmamento. El barco se llamaba Reina del Pacífico, salía de Lima hacia el París de la posguerra y atravesaría el mar durante 28 días. Era agosto de 1949.

"Dime que sabía yo del mar, del grande, del oscuro, del inevitable desconsuelo que es el mar y además de la engañosa línea del horizonte que promete acercarse y abrirse sobre nosotros como un ojo capaz de reconocernos", escribió Blanca Varela muchos años después en un viejo cuaderno escolar que perteneció a uno de sus hijos. Pero esa tarde que restregaba su boleto y el temor contra la tela de su bolsillo tenía solo 23 años y un esposo con el que se había casado el mismo día por la mañana poco antes de llegar al puerto: el pintor Fernando de Szyszlo. Y entre la sal y el desconcierto empezarían la caza sin tregua de su propia memoria, pero ahora la vigilia con la que solían enfrentarla, era compartida.

» Blanca en la década del 60.

En el camarote, entre los bostezos de la mañana siguiente y ya sin ceremonia todo les pareció pequeño o una muestra de que nada de lo que vendría sería simple y mucho menos fácil. Los esperaban la pobreza, el sacrificio y las calles parisinas con las que soñaron desde San Marcos y las mesas de la peña Pancho Fierro. Ambos querían ser artistas y estaban dispuestos a hipotecar su vida y su carne para lograrlo. Entonces, París y sus monstruos aguardarían la llegada de quienes iban a consumirla —y a consumirse— salvajemente.

Blanca hallaría en su ausencia de Lima, ya estando en París, palabras exactas para nombrar la infancia, su barrio: Santa Beatriz, las aulas de San Marcos, a su padre, la relación con su madre y sus hermanos, el mar que ya no era el mismo y la importancia de cómo construiría su memoria.



» Blanca Varela y Fernando de Szyszlo en el barco *Reina del Pacífico*, rumbo a París.

CAPÍTULO I | LIMA DESBORDADA

EL JUEGO QUE NUNCA TERMINA

Ese juego secreto de la infancia en el que las palabras se repiten y son ruedas que giran interminables entre colores inventados solo podía terminar de una manera. Esconderse de los adultos para jugar con esas palabras y forjar un espacio o una esquina que parecía un reino impenetrable era una sublevación tierna y necesaria, casi como una carcajada. Los niños descubren así que son poetas, primero con la risa y después con el juego que nunca termina. La poesía es un vicio que se adquiere con la infancia, solía decir Blanca Varela, ya adulta.

Blanca Varela nació el 10 de agosto de 1926 en una casona del centro de Lima. Su madre fue Esmeralda Gonzales Castro, conocida como Serafina Quinteras, compositora de valses criollos, escritora satírica y poeta. El famoso vals "Muñeca rota" es una composición suya. Junto a su prima Emma Castro formó un dúo y ambas eran letristas siguiendo la tradición familiar. Su abuela era Delia Castro Márquez, también poeta limeña. El padre en cambio venía de una familia acomodada, producto de una Lima de apellidos importantes que se iban perdiendo. Era Alberto Varela, un periodista bohemio que le entregó a Blanca sus primeras lecturas.

Los padres de Blanca no estaban casados en una época en la que eso era importante. Lo intentaron pero no se los permitieron. La familia de Alberto no gustaba de una mujer independiente como Serafina, fuerte, que venía de una familia de artistas. Ella se revelaba como una mujer incómodamente libre en sus composiciones. Tuvieron tres hijos: Raúl, Blanca y Nelly. Después, ya separados definitivamente, Serafina tuvo otra hija, Maruja Bromley.

La presencia paterna en la casa familiar era intermitente hasta que solo quedó la ausencia. De enfrentar a su familia, Alberto Varela hubiera perdido el soporte económico. No lo hizo y la relación con sus hijos se fue haciendo distante. Era disipado, contradictorio y muy inteligente, culto, pero en palabras de Blanca en entrevistas posteriores, un típico señorito de Lima que venía de una familia que nunca pensó seriamente en el trabajo. Pese a los errores, el amor persistía. Alberto los visitaba y dejaba cosas importantes para sus hijos, la literatura en Blanca por ejemplo. Hoy, Nelly, a sus noventa años y desde Madrid, lo recuerda con una frase que narra esas tardes en las que él trató de estar cerca. "Mi papá, ay mi papá. Mi bello papá. Era un hombre bueno, bueno... nos quería tanto... solo que su familia era distinta. Pensaba que tenía todo, y a mi papá le hacíamos falta nosotros". Al final le quedó solo la elegancia, ya que su familia fue perdiendo lo que tenía. Consideraban además que la familia de Serafina pertenecía a una clase marginal. "Si mi padre y mi madre se hubieran quedado juntos, yo hubiera pertenecido a una clase social muy especial, una clase que fue alta, venida a menos por falta de dinero, pero más o menos relacionada con lo que era Lima. Pero mi madre, que fue una mujer muy independiente, muy valiente, en el momento de la ruptura del hogar asumió totalmente nuestra educación, el colegio, los gastos, todo".

Cuando era niña, Blanca apoyó la economía familiar trabajando en la radio con un programa infantil propio. El nombre de su personaje se reserva, ya que nunca quiso que se sepa y hasta le parecía odioso. Y todos los días a la misma hora la voz de una niña comentaba por las tardes cosas para otros niños. ¿Cuáles? Lo que podamos suponer será suficiente. La radio fue así el trabajo de infancia y después de adolescencia que formó en Blanca una personalidad con la que pudo enfrentar la ausencia de su padre, la pobreza y la fuerza de las mujeres de su familia.



» Blanca y su hermana Nelly en la década de 1930.

Alberto fue al final un gran amigo que le dio a leer a autores españoles tanto modernos como decimonónicos. Entre ellos, Pío Baroja, Valle Inclán, Miguel de Unamuno. Esto fue determinante, ya que sus lecturas fueron una isla en medio de esa casa de mujeres que trabajaban, luchaban y componían valses y en la que Blanca estaba destinada a ser también letrista y compositora. "Yo, digamos, fui más moderna, tuve acceso a ciertas cosas, entonces todo lo 'popular' aprendido en casa era un lastre para poder avanzar", comenta en una entrevista con la poeta peruana Rosina Valcárcel.

En el colegio Blanca peleaba con los curas que le mandaban a quemar lo que su padre le daba a leer. Cuando mostró a su madre y a su abuela los primeros versos que escribió, ellas pensaron que, como era costumbre en casa, Blanca sería compositora. Pero se hizo una persona callada, solitaria y observadora. Empezó a escribir no para seguir una tradición familiar, sino porque tenía muchas dudas. Sentía que los mayores le mentían y que Dios la había decepcionado. Solo le quedaba interrogarse e inventarse respuestas. Parecía una adulta entre sus juegos y descubrió que la verdad y la poesía son dolorosas pero totales. "Ese dolor tremendo cuando comenzaba a descubrir ciertas cosas, se ha convertido ahora en una certeza; la única certeza que tengo es lo incierto de todo, que todo está un poco prestado, pero que es bonito vivir como si no fuera así", comenta en la entrevista titulada "Fuera de la poesía todo es caos", a Abelardo Sánchez León.

Se reconoce como una niña protegida, pero atormentada por razones muy personales. Le preocupaban el tiempo y su insuficiencia, la muerte y su voracidad. Estas eran sus ideas permanentes. Temía relacionarse con las personas porque sabía que la muerte y la vida las tomaban como objetos curiosos. Todo esto desarrollaría su propio epicentro al movimiento de su cuerpo, sus miedos, la ausencia, el amor y la lucha en relación con su necesidad de escribir para responderse.

UNA CHICA EN SAN MARCOS

San Marcos es el lugar en el que una infancia difícil puede convertirse en prisa por pertenecer a laberintos diseñados para acompañarse de bestias propias en vez de matarlas. Blanca tenía 16 años cuando ingresó a la facultad de Educación para estudiar Literatura y Pedagogía. Era aún una edad dolorosa pero a esta se le sumaban las ganas de todo, también un duelo consigo misma, ya que escribir dejaría de ser algo personal e íntimo. Todo lo que rodeaba a quienes ingresaban esos años a San Marcos era una incertidumbre por no saber si lo que tenían sería suficiente para lograr convertirse en escritores.

Ser mujer o poco más que una niña no hacía las cosas más fáciles. Era una época en la que pocas mujeres podían estudiar. La mayoría era de provincia y buscaba ser maestra. Blanca venía de una familia muy abierta en la que nadie se opuso a sus lecturas, aun cuando estas no fueran lo que se esperaba que una adolescente de los años cuarenta leyera. Aun así, seguía siendo una muchacha nerviosa con ganas de comerse el mundo sin saber por dónde comenzar. Pero a veces basta solo el roce de alguien para desatar las grandes cosas. En el caso de Blanca ese detonante fue Sebastián Salazar Bondy. Primero solo un chico más caminando entre otros alumnos de San Marcos, un primer novio, después el mejor amigo de esos primeros años y hoy para todos nosotros poeta, dramaturgo, ensayista, académico y, sobre todo, autor del poemario *El tacto de la araña* y el ensayo "Lima la horrible".

¿Escribes poesía? preguntó él. Blanca respondió llevándole un poema al día siguiente y encontrando un compañero de ruta con quien confrontar sus dudas y su talento. Le siguieron lecturas intensas de autores de carne y hueso que paseaban por las calles y plazas de Lima mostrando sin pudor que su vida dependía de la intensidad de lo que pudieran escribir. Blanca se hizo lectora y amiga cercana de los poetas Jorge Eduardo Eielson, Emilio Adolfo Westphalen y Javier Sologuren.



Todos parecieron haberle sido otorgados por Sebastián y el poeta Raúl Deustua, con quienes recorría la plaza San Martín y el Jirón de la Unión para llegar a las matinés en la cazuela del cine Metro, después de los cafés donde fumaban cajetillas enteras tratando de alcanzar la vida y el mundo, solo conversando entre tardes sin tiempo. Además de ser amigos, fueron maestros. Blanca vivió y escribió con ellos en medio de esa casona abarrotada por cachimbos que querían empezar a vivir bárbaramente. Al mismo tiempo tenía una vida secreta y terrible o una suerte de conciencia sin tregua que mezclaba con su obsesivo delirio por interpretar las cosas. Eso la angustiaba. Solo podía librar esas batallas íntimas colocando palabras en papelitos, pedazos de cajetillas y notas rápidas convertidas en páginas a medias donde el desorden controlaba las dudas. Fue Salazar Bondy quien hizo que Blanca se diera cuenta de que intentaba escribir poesía más allá de sus juegos de infancia y celebrando el inicio de cambios importantes.

Acabó los cuatro años de Letras, pero lo que aprendió en San Marcos no terminó en la parte académica sino en cómo creció en medio de ese círculo de chicos que formarían una generación brillante para las letras del país, la Generación del 50, que para muchos críticos fue la mejor poesía que se ha escrito en el Perú.

Este grupo extraordinario también estaba formado por Carlos Germán Belli, Javier Sologuren, Paco Bendezú, Washington Delgado, Leopoldo Chariarse, Alejandro Romualdo, entre otros. Todos ellos se habían vuelto locos leyendo a Rainer María Rilke, Pierre Reverdy, André Breton, T. S. Eliot y a su vez estaban en deuda con César Vallejo, José María Eguren, César Moro, Martín Adán, Xavier Abril, Carlos Oquendo de Amat y los poetas peruanos vanguardistas.

» Sebastián Salazar Bondy.

Los artistas de los años 30 y 40 agitaron las ideas como un coro, donde las ruinas accedían a una vida propia y se establecían con escándalo en el pensamiento de las siguientes generaciones. El que no era escritor, ya era pintor, músico o escultor. Así resistían el caos y el deterioro, siendo tercos contra el tiempo y retando la permanencia de un presente inhumano en guerra.

En esta etapa de su vida, Blanca alcanza a su padre ya como un hombre mayor para ensayar con él una relación distinta. Él se hace amigo de sus amigos, cómplice de las noches de bohemia después de las clases o del cierre de la peña Pancho Fierro o el bar Zela. Tenía ahora no solo la compañía adulta de su hija, sino la admiración de amigos que lo frecuentaban deslumbrados e interesados en compartir sus lecturas y escritos. En esta época Alberto Varela administraba el periódico *La noche*, un vespertino donde escritores y artistas como Pepe Diez Canseco y los músicos Alfonso de Silva y Osmán del Barco se relacionaban y donde más de un joven sanmarquino quería escribir.

La lectura era un espacio misterioso que desarrollaba pensamiento y escritura. Analizaban la distancia que separa a todos los individuos, la ausencia y el despertar de una conciencia solitaria. Blanca Varela vuelve a elaborar preguntas sin resolver y persiste escéptica consigo misma. Mientras tanto, la Segunda Guerra Mundial parece marcar la agenda de todos. Esperaban que terminara para ir por las ciudades destruidas sin saber que serían una cosecha de la muerte en sombra sobre ellos, lejana pero igual de desgarradora.

Buscaban raíces compartidas, lazos y relaciones para su aprendizaje. Ser forastero instalándose en un ambiente sin hacer concesiones era mantenerse crítico y pulía las estrategias para integrarse.

EL AULA PANCHO FIERRO, UN LUGAR DE RECONCILIACIÓN

Dos habitaciones amplias y un baño pequeño se convirtieron en 1937 en la peña Pancho Fierro, un bar indigenista en el centro de Lima y un espacio sorprendente que guarda las imágenes de toda una generación de artistas, escritores, músicos e intelectuales que hallaban entre sus paredes un diálogo concreto del contexto cultural que atravesaban. Sebastián Salazar Bondy llevó a Blanca a la peña que ella percibía como un lugar extraño y muy distinto a los patios de San Marcos, donde había intercambiado poemas con sus compañeros. Años despues describió la peña como una tienda vieja con un portón estrecho que solo abría a medias a partir de las siete de la noche y a la que eran asiduos el poeta César Moro, los pintores Sérvulo Gutiérrez y José Sabogal y también los extranjeros como Corpus Barga, Pablo Neruda y los de paso, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, entre otros.

Dentro, la media luz alumbraba a los que serían descritos por Blanca como los objetos más fantásticos que había visto en su vida. Era la colección de arte popular a la que dedicó su vida Alicia Bustamante, dueña de la peña junto con su hermana Celia, casada con el escritor y antropólogo José María Arguedas. Cuando hacían fiestas se disfrazaban o bailaban sosteniendo retablos ayacuchanos, animales de madera o de cerámica, mates burilados y tejidos de la selva. Era una época en la que la gente de Lima se espantaba con el arte popular.

Fruncían el ceño y se negaban a reconocer que Lima no era el Perú. En la peña, esa Lima que negaba sus raíces desaparecía mientras todos brindaban y seguían a Arguedas que bailaba huaynos casi zapateando el alma de los que pretendían ignorar que la realidad del interior emergería. Las fiestas eran interminables a músicos y bailarines que llegaban de provincias invitados por las hermanas Bustamante. El Perú se revelaba a Blanca gracias a Arguedas, que regresaría como una marca sobre



» Blanca en la oficina del Fondo de Cultura Económica.

la poeta cuando estuviera en París y escribiera el poema *Puerto Supe*, dedicado secretamente al mismo Arguedas.

Pero antes de eso, seguimos con el sonido de sus bailes sobre la madera y el olor del pisco de frutas que embriagaba a los estudiantes. En medio de esos bailes Blanca entendió que el Perú era una verdad "oscura, honda, dolorosa y casi impronunciable. Saberlo fue un asedio apasionado, trágico y no exento de esperanza a este país horrible y amado nuestro", comentó sobre esos años, bailes y pérdidas.

La peña abría todos los días de siete a diez de la noche. Ya la Segunda Guerra Mundial había terminado y se vivía una sensación de fin de época. Empezaban a trazarse viajes a Europa sobre las mesas, junto a vasos de pisco y leyendo las traducciones de la editorial argentina Losada, que publicaba a Jean Paul Sartre, a Albert Camus, a escritores que resistían los embates de sus ciudades contra sí mismos. En ellas, los monstruos estaban vivos. Y el viaje se trazaba para poseer el vértigo de sus caídas.

LAS PRIMERAS FRASES, CUERPOS, ABANDONO Y PLENITUD

La seducción se descubre mirando. Una mujer sabe cómo hacerlo, una chica solo arroja los ojos y aprende que a veces basta solo eso para estar en medio de grandes historias. Blanca reconocía haber sido una mujer muy seductora. Miraba al chico más guapo de la fiesta y antes de que volviera a verlo este ya estaba a su lado, invitándola a bailar, aunque después ella se aburriera profundamente, quizá por alguna conversación sin mucho brillo.

Le tocaba desbordarse en sus pasiones y detenerse como todos, después de las cosas difíciles. Pensaba en el amor cuidadosamente, observando. Creía que no tenía consistencia para sentimientos profundos porque se enamoraba por muy

poco tiempo, o de lo inalcanzable. Pero esas pasiones, una vez consumadas, no tenían más valor que el de haberla vuelto más analítica. Entonces decía las cosas con furia. Escribía con furia.

"La poesía, por ejemplo, es una especie de cosa gratuita, que es lo maravilloso que tiene, que eso está destinado a la suerte, al destino, al azar, en el sentido de si alguien lo lee o no lo lee. Yo creo que la gran satisfacción que me produce mi poesía es el sufrimiento terrible que tengo cuando la estoy haciendo; es decir, la plenitud que tengo, son momentos en que vivo más. Todo lo demás es rutina, todo lo demás es mucho ruido, mucho desorden. Fuera de la poesía todo es caos. La única vez que encuentro un orden es cuando escribo poesía, esa cosa un poco insensata", dice la poeta. Ella no tuvo una concepción amorosa hacia una posible pareja o relación que no pasara por la poesía, escrita o como modo de percibir frases, cuerpos, abandono y plenitud. Ya bajo estas pulsiones dejó de ser solo una chica intensa. Era una mujer comprometida y viva en sus preguntas, sin culpas, bajo el desengaño y rebeldía, en colapso y tensión.

EL CHICO DE SOLDADO DESCONOCIDO

Ese chico era Fernando de Szyszlo, un tímido y delicado estudiante de arquitectura de la UNI que estaba abandonando la carrera para ser pintor. Era asiduo a la peña Pancho Fierro y vivía en la avenida Soldado desconocido, hoy Nicolás Arriola, en Santa Beatriz. Sebastián Salazar Bondy le presentó a Blanca Varela, a la que alguna vez había visto caminando de uniforme escolar con los libros bajo el brazo hacia el colegio italiano.

Curiosamente, la mayor parte de los que integraron luego la Generación del 50 vivieron en Santa Beatriz. En la calle Teodoro Cárdenas vivía Javier Sologuren; la casa de Sebastián y Augusto Salazar Bondy quedaba en Carlos Arrieta, la de Emilio Westphalen en Emilio Fernández. José María Arguedas vivía en Manuel Segura; Jorge Eduardo Eielson en Mateo Pumacahua

y Carlos Germán Belli en Enrique Barrón. Estos, entre otros, fueron puntos de luz en un mapa de Lima de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. San Marcos había quedado atrás, la Pancho Fierro no tardaría en ser otra postal de la memoria seguida de los veranos en Supe.

Fernando de Szyszlo vivía obsesionado por descubrir su trazo, pintando en su taller de Soldado desconocido, donde le hizo algunos retratos a Blanca. Uno de ellos, el clásico picassiano, lo pintó en 1947. Sobrevive solo la fotografía en la que la poeta está parada al lado del cuadro, robado después por el portero del edificio.

La pareja se casó en 1949 en la iglesia Cristo Rey, de Santa Beatriz, y con las maletas entre las bancas, desde donde pocos familiares movían la cabeza ante dos ateos que se unían en juramento bajo un Dios prestado, transformándolo en fe para un futuro mutuo. Blanca no tenía puesto un vestido de novia



» Blanca y Fernando pasan el verano en puerto Supe.



» Fernando de Szyszlo.

sino solo una falda y blusa simples, sobre todo cómodas para el viaje. Ese mismo día se montaron en el barco a vapor que los llevaría a París. Iniciaban una locura. No solo por casarse en una iglesia sin mayor ceremonia sino por embarcarse por el todo o nada con 60 dólares en los bolsillos. Ya sus boletos de tercera clase habían sido un gasto considerable.

Otros estudiantes peruanos viajaban con ellos. Juntos pasarían casi un mes en alta mar, tratados con desprecio o indiferencia. Pero no les importaba, solo querían ir a París a pesar de la pobreza que estaba asegurada, junto a la bohemia y por el contacto directo con los grandes escritores, artistas e intelectuales de la época.



» Blanca Varela posa junto a un retrato suyo, hecho por Fernando de Szyszlo, en el taller de la calle Soldado desconocido, en Santa Beatriz.



CAPÍTULO II | EN PARÍS

LA VIDA DESPUÉS DEL PUERTO

París fue un largo y definitivo viaje que duró algunos años. Blanca Varela y Fernando de Szyszlo llegaron en setiembre a la estación de La Rochelle. Los recibieron Jorge Eduardo Eielson y el pintor Pepe Bresciani en Austerlitz y los llevaron a un hotelito de la rue Casablanca, donde Blanca lloró todas las noches durante casi un mes. Poco a poco se fue acostumbrando a la ciudad, tomando como hábitos la cinemateca y el mercado de pulgas, a pesar de no tener a veces ni un centavo. Solo hacía cuatro años que había terminado la guerra y se notaba en las calles como un espectáculo de sombras a quienes habían resistido.

Vivían con 90 dólares mensuales, de los que gastaban 30 en cigarrillos, otros 30 para la habitación, y lo que quedaba era para comer, comprar materiales, libros y las cosas mínimas que pudieran necesitar. Sentarse en un café era un lujo o la simple postal parisina que los había seducido y que a veces a pesar de estar ahí era impagable. Tomaban el desayuno tarde para que este fungiera de almuerzo. Aun así la pobreza no era más grande que sus objetivos. Poco después de conocer a Octavio Paz, ya eran asiduos a su casa en la que ensayaban sus primeros mambos, bebiendo todo el vino del mundo y haciendo rabiar a los vecinos. París era una fiesta que disimulaba el hambre.

» En el París de los años 50 con Octavio Paz, Fernando de Szyszlo y Elena Garró.

Blanca mostró poco a poco sus poemas a Octavio Paz, que le exigía más y nuevos textos cada vez, mientras la iba introduciendo a un grupo de locos que primero se reunían en el café Flore y luego en el barrio latino. Los escritores Julio Cortázar y Ernesto Cardenal sacudieron esos encuentros transformándolos en fiestas en las que el pintor mexicano Rufino Tamayo maquillaba a los asistentes. Esas reuniones no tenían razón de ser sin el espacio intelectual que cada uno compartía.

Buenos tiempos los de París, a pesar de que la indiferencia de la ciudad sacudía la identidad de los extranjeros. “Mi identidad se hizo muy insistente. No es que la tuviera formada, tal vez, pero comenzó a formarse como una especie de gran dolor y añoranza de lo otro. Entonces, cuando me refiero a mi infancia, me refiero al Perú, a la sociedad peruana, a la costa”. Esta ausencia también concebía en el lenguaje la reafirmación del espacio en el que ya no se encontraba.



» Blanca y Fernando.

Para la década del cincuenta, la supervivencia era un discurso de creación en medio de escombros y lo tangible de un fin de mundo tan próximo y servido ante sus ojos.

Entre la reafirmación de su identidad como peruana y los restos de la guerra, Blanca confronta su lenguaje con el surrealismo entre cafés con el mismo André Breton, a quien había leído en Lima. No terminó de convertirse en una surrealista sino que tomó de esa corriente una concepción para subvertir su propia realidad. Sin embargo, entre Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre encuentra en el existencialismo un lugar más legítimo para preguntarse quién soy. Su respuesta se escribió hasta su muerte.

PARÍS TENÍA QUE ACABARSE

Tanto la estancia en París como la relación con Fernando de Szyszlo empiezan a deteriorarse y regresan separados a Lima en el año 51. El pintor tenía una relación con otra peruana por la que le había pedido el divorcio. Después comenzaría una segunda estancia en París para ambos y en la que Blanca mantendría una relación con el novelista y pintor abstracto francés Jacques Lanzmann, según la poeta, "mi mejor compañero de aventuras. Era prácticamente el dueño de boulevard Saint Germain porque la poesía, la pobreza y la juventud siempre fueron las dueñas de la calle. Me compartió a sus amigos Alberto Giacometti, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Fernand Léger, Henri Michaux y hasta famosos expresidiarios. Conocí muy de cerca la soledad, el temor, el frío, el amor y la miseria. No los he olvidado". Poco tiempo después llegarían las cartas de Fernando de Szyszlo en las que esperaba una reconciliación. Blanca aceptó. "Yo creo que en cierto momento de tu vida es indispensable tener una pareja. No tenerla sería una gran pobreza, una gran limitación, un gran egoísmo. Yo creo que hay una época en que estás hecha para dar.

Es el momento de tener pareja. Cuando estás absolutamente dispuesta. Y además tienes qué dar. Que no sean conceptos, consejos, palabras. Puedes dar muchas cosas, puedes dar parte de tu vida, tu cuerpo, tu compañía; puedes dar malos ratos. Eso es importante. El amor es importante". Bajo esta reflexión la pareja se reúne nuevamente y se muda a Florencia a intentar recomponer su relación. La estancia dura un año y sirve para reafirmar en ambos la concepción de una vida en común por la que deciden retornar a Lima como espacio definitivo.

Blanca había terminado su ruta como latinoamericana en el París de los años 50. Se había involucrado con una Europa destruida, posvallejiana, en medio de tensiones por su identidad, su ciudad Lima, y el tránsito que define su relación con el lenguaje y su actividad cultural y personal. Boleto de regreso.



CAPÍTULO III | EL VIEJO PUERTO, EL PRIMER LIBRO

SUPE EN PARÍS

Ese puerto existe, su primer libro, fue primero solo *Puerto Supe*, escrito en París diez años antes de que pensara siquiera en publicar nada. Supe no fue lugar de infancia o nacimiento, al contrario de lo que muchos piensan, sino un puerto donde Alicia Bustamante tenía una pequeña casa y en la que pasaba los veranos junto a su hermana Celia y José María Arguedas. Para que Blanca pudiera acompañarlos, las mismas hermanas Bustamante pedían permiso a Serafina y esta la dejaba pasar los veranos en Supe junto con otros amigos y después también con Fernando de Szyszlo. Era el espacio que seguía a la peña Pancho Fierro y a San Marcos. Ya en París años después y en medio de cuartos pequeños y baratos, Blanca regresaría una y otra vez al puerto a buscar la costa y su identidad, descubrir que tenía límites y que era una persona con una sensibilidad distinta.

Lo primero que escribe al llegar es justamente el primer poema del libro, que traía de regreso su gran amistad con Arguedas y terminaba de revelar la relación de amor odio con Lima para tener conciencia de que era una ciudad con la que no podría romper nunca a pesar de vivir por épocas en otros lugares. “Allí destruyo con brillantes piedras/la casa de mis padres./ Allí destruyo la jaula de animales pequeños”, dice en el poema. En París su identidad como peruana se hace muy fuerte. Estando lejos había necesitado de Lima, de San Marcos, de las noches de peña para sobrevivir como ciudadana de tercera que encaraba la pobreza.

» Blanca en Supe.

Blanca llevó el libro bajo el brazo durante años, siempre inédito como ejemplar único. Fernando de Szyszlo encuadernó las hojas mecanografiadas con tapas negras y dibujos suyos. Este es el objeto con el que volvieron a Lima en 1955 y que leyó Octavio Paz durante su estadía en México, terminando de descubrir una poeta fascinante. Le faltaban muchos años para ser algo más que un libro único e íntimo que paseaba entre amigos y personas cercanas.

Entre 1958 y 1959 la pareja De Szyszlo-Varela vivió en Washington junto con su primer hijo, Vicente. Había pasado mucho tiempo de París y el retorno a Lima, por lo que habían dejado de frecuentar esas amistades, entre ellas Octavio Paz, al que no veían desde hacía más de cinco años. Pero para reencontrarlos el poeta invitó a Fernando de Szyszlo a una exposición en la ciudad. La familia viajó durante cinco días de Washington a México con los cuadros en el techo del auto. Ya en medio del reencuentro Octavio Paz volvió a leer el ejemplar único de *Puerto Supe*, dudoso del nombre. Preguntó ¿has escrito más? Sí, respondió Blanca sin interés, despreocupada. ¡Pero hay que hacer un libro ya! *Puerto Supe* era un nombre con poco atractivo. ¡Ese puerto existe!, respondió Blanca. Al terminar la frase ya tenían el nombre de su primer poemario que fue publicado en 1959. Un día cualquiera, *Ese puerto existe* había terminado el primer viaje. Llegó a manos de su autora en Washington publicado en una serie que Octavio Paz dirigía en Veracruz y con un prólogo suyo. En este reconocía que nada unía más a todos los que pasaron por París en los primeros años del cincuenta que la búsqueda, la desesperación y el deseo. "Escribíamos para defendernos", dijo. Blanca había sido develada también como alguien que más allá del surrealismo como escuela por la que pasó en París, tenía una visión surrealista de su propia intimidad, como una ínsula en medio del lenguaje surrealista para mostrarse más como una existencialista que desde su niñez no había dejado de preguntar

por el ser y por qué el mundo la recorría de una determinada manera, tan intensa y tan conciente.

En el libro no solo está la costa sino el tono personal que hace y deshace todo a su alrededor, reordenando para liberar. Se destruye la infancia, se analiza el dolor, se regresa a la casa paterna habitada por mujeres, que como ella, lloran siempre a solas sobre el lecho. La muerte nunca termina y los animales recorren un cuerpo que se hace presente por primera vez como un centro en el que podrían explicarse los cuerpos anteriores, los de la madre y el padre "para llorar sobre su oscura falda sin olores,/sobre su vientre que amo todavía como mi casa", escribe en el poema *Los pasos*. La araña del bestiario personal y su noche gestan instantes familiares. En una carta a su hermana Nelly, dice: Fruto abierto que el aire no corrompe (...) Por ti se educa al lobo y se devuelve el roedor a su nido (...) tú, exacta, inmóvil, pura referencia.

Lo que desconcierta a sus primeros lectores es un yo poético que narra como hombre y como mujer distintos espacios de su poesía. "Sé que estoy enfermo de un pesado mal, lleno de un agua amarga, de una inclemente fiebre que silba y encarna (...) he de almorzar solo siempre, es terrible", escribe en el poema *Las cosas que digo son ciertas*.

"Yo creo que de lo que se trataba era de que la poesía fuera un lenguaje para todos. No pensaba en la mujer o en el hombre, pensaba en un individuo, un ser humano que me daba lo mismo que fuera hombre o mujer. Claro, usaba el yo masculino, pero no pensando en esta cuestión de géneros, que es moderna. Hoy todo el mundo habla de lo femenino. ¿En qué momento asumo la identidad femenina? No recuerdo exactamente la fecha, pero creo que fue a raíz del nacimiento de mis hijos. La maternidad me despertó una conciencia muy especial", decía la poeta.

CRONOLOGÍA

La vida de Blanca Varela se caracterizó por las idas y venidas, tanto en sus viajes como su relación personal con de Szyszlo. Las décadas del 60 y 70 iniciaron una producción editorial que con los años se vería coronada de reconocimientos.

1926
Nace en Lima Blanca Varela. Hija de la compositora de valses Serafina Quinteras (seudónimo de Esmeralda Gonzales Castro) y el periodista Alberto Varela Orbegoso.



1942
Ingresa a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos a estudiar Educación. Forma parte de la que será llamada la Generación del 50 junto a Javier Sologuren, Sebastián Salazar Bondy y Jorge Eduardo Eielson, entre otros.

1946
Conoce al pintor Fernando de Szyszlo. Frecuenta la mítica peña Pancho Fierro.



1947
Forma parte del comité de redacción de la revista *Las moradas* (1947-1949), dirigida por el poeta Emilio Adolfo Westphalen.

1949
Se casa con el pintor Fernando de Szyszlo. El matrimonio se muda al París de la posguerra donde conocen a los surrealistas y después es influenciada por los existencialistas.



1954
Vive en Florencia, separada del pintor.

1955
Regresa a Lima y reanuda su relación.



1958
Nace su primer hijo, Vicente.

1959
Publica su primer libro, *Ese puerto existe*, en México.





1960
Nace su segundo hijo, Lorenzo, en Washington.

1963
Publica, ya establecida en Lima, *Luz de día*, su segundo poemario.



1967
Integra el comité editorial de Amaru.

1970
Empieza a dirigir el Fondo de Cultura Económica, la editorial mexicana, en Lima.

1972
Publica *Valses y otras falsas confesiones*.



1986
Editan en México *Canto villano. Poesía reunida*, 1949-1983. Se edita en Lima *Camino a Babel* (antología) en la colección Munilibros.



1993
Después de quince años publica *Ejercicios materiales*.

1994
Publica *El libro de barro*.



1996
Muere su hijo Lorenzo de Szyszlo en un accidente de aviación.

1999
Se publica en España *Como Dios en la nada* (antología 1949-1998). Se publica su séptimo poemario *Concierto animal*.



2000
Publica su último poemario, *El falso teclado*.

2001
Obtiene el Premio Octavio Paz de poesía en México.

2003
Muere su madre Esmeralda Gonzales, a los ciento dos años.

2006
Gana el III Premio Federico García Lorca de poesía en España.

2007
Se le otorga el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana en la Universidad de Salamanca, España.

2009
Muere en Lima el 13 de junio.

EL CAPITÁN

En medio del libro nos encontramos con el poema *El capitán*. La siguiente es solo una lectura personal sobre el poema en relación al padre de la poeta. Fue inútil precisar la fecha de la muerte de Alberto Varela. Maruja Bromley desde Buenos Aires, donde reside, comentó del padre de sus hermanos "era un señor que siempre estaba enfermo" y Nelly para ubicar su fecha de muerte recuerda su segundo embarazo. "Fue cuando yo estaba con una panza de varios meses que se murió mi papá. Mi hijo Ricardo nació en enero, así que mi papá debe haber muerto durante los últimos meses del 59". No hay una fecha exacta, pero sí podemos aproximarnos. Alberto Varela murió sin leer *Ese puerto existe*, sin embargo es muy probable que haya tenido en sus manos el ejemplar de *Puerto Supe*, una primera versión del libro manufacturada por Fernando de Szyszlo, donde no halló el poema *El capitán* porque se escribiría posteriormente y quizá retratándolo a él y a una conciencia por un adiós que sería un ritual secreto. La memoria traslada a los versos de los poetas momentos y personas importantes. En esta lectura la relación con el padre está marcada por un hecho que ocurre a ambos: la escritura. Alberto Varela le heredó lo más importante: palabras, búsqueda, una condición en común: la de la desesperación compartida por el mismo lenguaje. En completo uso de la ficción a través del lenguaje poético, Blanca Varela escribe en primera persona *El capitán*, anticipando la despedida, al tener conciencia de que su padre está siempre enfermo, compartiendo la angustia de ser dos escritores —padre e hija— en medio de una relación marcada por la ausencia y el ensombrecimiento de uno y la luz y el éxito de la otra. Alberto Varela no solo heredó las palabras que no pudo terminar de articular con un discurso propio, sino la verdad sobre estas y la frustración por no terminar de dominarlas. La imagen del padre se oculta entre los versos con un yo poético que canta una misma desgracia: la marca del lenguaje en el que ambos no logran igualdad. "Estamos prendidos a la cola de Marte (...) es una extraña batalla (...) despreciamos la sumisión de la tierra (...) los capitanes somos insomnes por naturaleza (...) nuestro odio recién sembrado es nuestro ideal (...) el capitán es insomne por naturaleza y sin embargo sueña (...) sus huestes se acoplan en las bodegas húmedas. (...) solo el mar canta esta leyenda", escribe la poeta.

Así espiamos el tránsito del capitán que dirige sobre el mar su último viaje. En *El libro de barro*, publicado treinta y cinco años después de *Ese puerto existe*, Blanca Varela nombra abiertamente al padre como personaje en medio de un texto de reconciliación menos duro que en sus entregas anteriores. Oculto el padre, solo es visible ya cuando no encarna tanto dolor. Entonces cito "Mi padre sonríe". Mi padre, mi padre sonríe.



CAPÍTULO IV | LIMA, LA ESTACIÓN DEFINITIVA

DE REGRESO A LA HORRIBLE

Después de dejar París y Florencia, en 1955, el matrimonio De Szyszlo Varela había vivido en Washington por una temporada de dos años con Vicente, su primer hijo. En el 59 se había publicado *Ese puerto existe*, muere su padre, y en el 60 nace Lorenzo, el segundo hijo. Ya de regreso y con dos niños deciden vivir en Lima intentando una rutina que no habían tenido antes. Tienen largas y cortas separaciones, otras parejas, y con ellas, vidas ajenas. Pero una vez establecidos quisieron lo que se habían negado a tener antes, un solo lugar, un solo proyecto. Los hijos hicieron que buscaran quietud. Blanca confiesa que al ser madre entendió cierta animalidad que tenía.

"Cierta cosa rapaz que a veces puedes tener. Yo nunca tuve sentido de la propiedad antes de tener hijos. No quería tener una casa, no quería tener responsabilidades. Pero cuando tuve hijos sentí que tenía que hacer determinadas cosas. Tenía que protegerlos, amarlos. Además, me di cuenta de que uno puede querer mucho más de lo que imagina. Tenía una capacidad de amor mucho más grande, y no esperaba reciprocidad. Yo era una niña sin padre. Al decir sin padre digo sin padre físico, inmediato. Mi padre sí existía. O tal vez lo que tenía era un padre físico, inmediato. Yo creo que buscaba mucho un padre en mi vida, y no lo encontraba. No iba a convertir a mis pobres hijos en mi padre, porque hay mujeres que hacen eso: les crean a los hijos una responsabilidad tremenda. A mí me dejan y estoy encantada. Me parece lógico que me abandonen", decía.

» Esmeralda Gonzales Castro con sus nietos Vicente y Lorenzo de Szyszlo.

ESPIANDO ENTRE LIBROS

Durante la infancia de sus hijos la relación del matrimonio cambió, resistió, pero no se recuperó. Blanca empezó a escribir para la prensa en páginas culturales, a buscar espacios independientes, además de su poesía. En 1964 publica su segundo poemario *Luz de día* e inicia lo que Vicente recuerda como un largo silencio que acompañaba su niñez y la de su hermano. Años después, en una entrevista con el periodista Ernesto Hermoza, Blanca reconoce una época detenida y de profundas depresiones. En la calma, en el sitio seguro, en medio de la familia que construía, el dolor seguiría ocurriendo como otro orden natural de las cosas o el caos. El yo es destruido de cerca y lentamente, sin evitarlo a pesar de poder hacerlo, se consume con la luz de la mañana que atraviesa el cuerpo y aclara los espacios, ahogando pero sin llegar a la muerte sino a una fría agonía. “Este es el día en que llega/la ácida primavera/ en que es dulce la herida/de estar vivos”, dice en su poema *Invierno y fuga*.

En 1970 Blanca Varela asume la dirección del Fondo de Cultura Económica promoviendo la publicación de autores peruanos en diálogo con México y Latinoamérica. *Valses y otras falsas confesiones*, su tercer poemario, se edita en 1971, y en él se escucha el vals contra la ciudad de Lima en medio de confesiones que trozan relaciones familiares sin poder reparar la verdad como desgracia. “En valses, lo digo todo”, comenta la poeta. En el 78 le sigue la publicación de *Canto villano* en el que su voz cambia como en un juego de femenino a masculino de manera indistinta. La existencia del ser se confronta, se reduce a acciones primarias pero se eleva al cuestionarse, traduciéndose en el canto, que no deja de ser solo un canto villano, ordinario al ser cantado por el ser humano.

Ya en 1981 enfrenta la separación definitiva del pintor Fernando de Szyszlo y se muda con sus hijos Vicente y Lorenzo



» Blanca y su hijo Vicente.



» Con sus hijos Vicente y Lorenzo en el jardín de su casa durante la década del 70.

al acantilado, en Barranco. Pronto empieza otro alejamiento, esta vez del medio artístico local. Era muy raro que accediera a entrevistas o que leyera su poesía en recitales. Se entrega por completo a su trabajo en el FCE, a la escritura, a sus amistades y a sus hijos. Sin embargo en 1987 en la bienal de arte de Trujillo leyó sus textos junto a Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren, Antonio Cisneros y Rodolfo Hinostroza. Tanto el encuentro como la fotografía de ese momento son míticos. Se reunían la Generación del 50, 60 y 70, con Abelardo Sánchez León. Eielson visitaba el Perú después de veinte años y pocos recordaban haber escuchado a Blanca. Se comentaba que era su primera lectura formal delante de un público académico. Tras una larga ausencia de quince años, en 1993 publica *Ejercicios materiales*, que contiene *Casa de cuervos*, dedicado a su hijo Lorenzo. Con el título hace una alusión a los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola dando cabida en su libro al cuerpo y sus acciones, sus propios ejercicios, otros. Ya había comenzado otro tiempo detenido en el que Blanca se retira a Paracas para escribir *El libro de barro*, que se publica en 1994. Con este parece haber alcanzado un momento de plenitud en el que puede observar las imágenes y convivir con ellas y ya no confrontarlas. Es para ella, su libro más logrado.

LOS FANTASMAS SON BUENA COMPAÑÍA PARA LOS POETAS

Es a propósito de *El libro de barro* que Blanca Varela concede una entrevista al periodista Ernesto Hermoza. Las respuestas muestran un perfil íntimo de la poeta. Las respuestas a las preguntas de la infancia son respondidas. “La poesía es una manera de ser, de estar en el mundo, me permite estar más allá del contacto tan duro y directo con la realidad. Escribir es una forma de buscar otras cosas, de no evitar los fantasmas sino crearlos. Dicen que soy dura, no lo creo excepto porque trabajo mi poesía. No soy sentimental. Pero me preocupa el



» Lorenzo y Vicente durante los años 80.



» Escena familiar. Esmeralda Gonzales Castro con sus nietos Vicente y Lorenzo, y su bisnieta Camilla, hija de Lorenzo.

ser humano profundamente. Uno escribe sin darse cuenta. Es difícil vivir con una creencia interior y vivir de una manera humana porque el mundo es inhumano. Hay mucho dolor. Creo en la vida y en lo que ocurre".

A LA ESPERA DEL CONCIERTO ANIMAL

No hay formas precisas para narrar la muerte. El dolor por la pérdida de una persona puede convertir a todas las personas y desgracias ocurriendo en un solo instante. Blanca perdió en 1996 a su hijo Lorenzo en un accidente aéreo en la ruta Lima-Arequipa. Primero se comunicó la desaparición del avión hasta que dieron la noticia de la muerte de los 117 pasajeros. Lorenzo acababa de cumplir 36 años y tenía dos hijas pequeñas, Camila y Sabina, a quienes les dijeron "Lorenzo se fue al cielo en avión". Blanca se encerró varios días sin poder decir nada, comunicándose poco con los que la rodeaban. Con el tiempo prohibió a sus amigos darle el pésame, y recordarle a Lorenzo que iba entrando en otro cielo, en el mismo ámbito de la poesía. "Es probable que la pérdida de mi hijo Lorenzo algo me haya cambiado, no lo sé con exactitud. Es tal el contacto con el escándalo, con el horror de la muerte. ¿Quieres que te diga una cosa? Aunque suene escalofriante, casi no me sorprendió. Eso es terrible, porque es algo que yo esperaba. Creo que hay que esperar esas cosas terribles, ese es el destino en la vida, pero no lo esperaba, evidentemente".

Concierto animal es el libro próximo a la muerte de su hijo y se publica en 1999 con un registro muy vívido de su encuentro más tangible con la muerte. Blanca había comenzado a morir después del accidente. Se fue apagando lentamente, hasta que su cuerpo pasó la factura de tanta tristeza. En el 98 tuvo su primera trombosis a la carótida y se le obstruye una arteria que irriga el cerebro y empieza su declive y al mismo tiempo la lucha contra su cuerpo para una última partida o publicación: *El falso teclado*.



» Blanca Varela en la década del 80.

FRENTE AL MAR, ENTRE LOS ÚLTIMOS CUADERNOS Y HACIA UN FALSO TECLADO

Cuando Blanca enfermó empezó a escribir en cuadernos escolares que habían pertenecido a sus hijos. El espacio había cambiado. Los cuadernos eran otro refugio en el que se mezclaban las palabras y la enfermedad pero bajo la posibilidad de otros encuentros. La letra de Blanca se hacía cada vez más pequeña e invadía la caligrafía escolar, dibujos y apuntes sobre los partidos de fútbol de hacía más de treinta años. Empezaba a sentir que olvidaba. Las imágenes se desordenaban hasta que fue imposible nombrarlas. Perdió el habla. Esos cuadernos eran un lugar imaginario para seguir ocultando cosas entre olas que apenas tocaban sus manos.

Blanca se preguntó viendo la costa desaparecer cuando partía a París ¿qué podía saber ella sobre el mar? Nunca terminamos de saber. Las olas son las que revientan y sobreviven sobre todo lo guardado. El bestiario de palabras termina por ser otra caja luminosa ante lo más inmenso. Al final esta se abre para terminar de arrojar el cuerpo, la enfermedad y la muerte. Las palabras trombosis, carótida y arterias no tienen una belleza inmediata. Pero son parte de las cosas que están dentro y en el caso de Blanca junto a París, Sebastián, su padre que sonríe, la caída de los aviones, las rupturas y la pena de saber que todo junto terminará de recorrer el cuerpo en el que mueren la sangre, los ojos, se detienen los latidos y la quietud se expande convirtiendo la piel en un objeto frío pero incapaz de suprimir el lenguaje.

El falso teclado, su último libro, se publica en el año 2000.



[A modo de epitafio]

Los primeros muertos brillan sobre el puente, sus pechos desnudos están intactos. Nunca han estado más sólidos ni sonrientes. El vello dora los músculos aún tensos y la carne, que nada puede, puede conmovernos.
Esta muerte duradera es el botín de la batalla, el recuerdo para la soledad del próximo viaje. Estamos confortados, nuestro odio recién sembrado es nuestro ideal. Con la muerte al alcance de los labios crecemos vertiginosamente como una leyenda para los ausentes.
Las olas gimen, bogamos sobre una selva de tristeza. La noche se cierra insostenible para el mundo.

El capitán (fragmento), *Ese puerto existe*

CAPÍTULO VI| BREVE MUESTRA POÉTICA

De ***Ese puerto existe***

Puerto Supe

A J. B.

Está mi infancia en esta costa,
bajo el cielo tan alto,
cielo como ninguno, cielo, sombra veloz,
nubes de espanto, oscuro torbellino de alas,
azules casas en el horizonte.

Junto a la gran morada sin ventanas,
junto a las vacas ciegas,
junto al turbio licor y al pájaro carnívoro.

¡Oh, mar de todos los días,
mar montaña,
boca lluviosa de la costa fría!

Allí destruyo con brillantes piedras
la casa de mis padres,
allí destruyo la jaula de las aves pequeñas,
destapo las botellas y un humo negro escapa
y tiñe tiernamente el aire y sus jardines.
Están mis horas junto al río seco,
entre el polvo y sus hojas palpitantes,

en los ojos ardientes de esta tierra
adonde lanza el mar su blanco dardo.
Una sola estación, un mismo tiempo
de chorreantes dedos y aliento de pescado.
Toda una larga noche entre la arena.

Amo la costa, ese espejo muerto
en donde el aire gira como loco,
esa ola de fuego que arrasa corredores,
círculos de sombra y cristales perfectos.

Aquí en la costa escalo un negro pozo,
voy de la noche hacia la noche honda,
voy hacia el viento que recorre ciego
pupilas luminosas y vacías,
o habito el interior de un fruto muerto,
esa asfixiante seda, ese pesado espacio
poblado de agua y pálidas corolas.
En esta costa soy el que despierta
entre el follaje de alas pardas,
el que ocupa esa rama vacía,
el que no quiere ver la noche.

Aquí en la costa tengo raíces,
manos imperfectas,
un lecho ardiente en donde lloro a solas.

El capitán

Estamos prendidos a la cola de marte. Los días anteriores han sido hermosos, pero ahora sudamos como africanos.
Es una extraña batalla.
El primero en caer soy yo, pero continúo.
Hace mucho tiempo que no hago el amor, las últimas noches han sido terribles. Podía tocar mi aliento, tomarlo por las alas como a un insecto y arrojarlo por la borda.

Los capitanes somos castos y rugimos como el mar, rojos y solitarios despreciamos la sumisión de la tierra.
Aun en el trópico, sí, aun en el trópico cuando emerge como una ubre pálida la isla, las camelias lacrimógenas, el bárbaro perfume del hogar.
Los capitanes somos insomnes por naturaleza.

Los primeros muertos brillan sobre el puente, sus pechos desnudos están intactos. Nunca han estado más sólidos ni sonrientes. El vello dora los músculos aún tensos y la carne, que nada puede, puede conmovernos.
Esta muerte duradera es el botín de la batalla, el recuerdo para la soledad del próximo viaje. Estamos confortados, nuestro odio recién sembrado es nuestro ideal. Con la muerte al alcance de los labios crecemos vertiginosamente como una leyenda para los ausentes.
Las olas gimen, bogamos sobre una selva de tristeza. La noche se cierra insostenible para el mundo. Nosotros, de

pie, invadimos la tiniebla, quebramos el acorde final con
una terrible marcha guerrera.

Nuestras espadas cruzan el firmamento como rayos, nuestros
ojos viajan como soles, la cabellera crece violentamente y
se multiplican nuestras sonrisas sin ley.

Una mano arranca de la sombra el trofeo, la agitada y azul
entraña: la gloria.

Vencedores nos sorprende el alba. ¿Hemos soñado?
La orina del héroe ha secado. La ira marchita dispara un
fruto amargo que mancha la mañana.
Lívidos, tibios, afeminados, los guerreros contemplan atónitos
el nuevo día.

El capitán es insomne por naturaleza y sin embargo sueña.
Su aliento se vuelve contra él como un tábano sediento.
La batalla lo espera siempre más allá del horizonte. Y en
la espera, bajo el bronce de su piel, los músculos penden
flácidos como los de una niña atacada por la malaria, mientras
sus huestes se acoplan en las bodegas húmedas.

Sólo el mar canta esta leyenda.

De *Luz de día*

Canto a Ithaca

¿Qué hacer con los recuerdos? Confundir seres, lugares, caricias. Cruzar todo el océano para llegar a este parque que queda a una cuadra de casa.

Primavera en cualquier calle. Rue Bonaparte, el viejo taxímetro amarillo al centro de la calzada desierta. El sol informe como una mancha en un cuadro, los árboles apenas delineados, el aire ralo, las gentes siempre alejándose.

La tierra gira, la luz vuelve a alcanzarnos. El día es esa puerta abierta sobre la calle. Via dei Bardi, más allá del río enjoyado y caliente. Ropa recién lavada, tendida en el cielo de Florencia.

El cielo es siempre el mismo: desierto, a oscuras, deslumbrante. Cielo amarillo de Lima, balcón de cenizas, muladar de astros.

¿Qué camino escoger que nos obligue a cerrar el círculo, a estrecharlo; a ser uno mismo toda la oscuridad y el temor de esa calle desconocida; el absurdo de reconocerse inclinado sobre esa fuente que nos devora y devuelve, máquina de sueños, la misma imagen sin párpados, sin reposo?

Tal vez no salga al encuentro una plaza, una tregua, un cielo humano de hojas, humo, voces.

Sentimos algo dentro y algo en torno y todo lo que fuimos y seremos por un instante cabe en nuestros labios, bocado de ceniza que ilumina, gusto de tierra amargamente viva, quemadura de sal del mar en que se nace.

Todo cabe en dos ojos deslumbrados, todo el color en un violento despertar en una plaza, a solas.



De ***Frente al Pacífico***

Invierno y fuga

Nieve, labios rojos,
una gota de fuego,
un grito que nadie escucha.

Éste es el día en que llega
la ácida primavera,
en que es dulce la herida
de estar vivos.

Alto horno del cielo,
fulgor de plumas,
adiós que el aire quema
en pleno vuelo.

En aire, tierra y cielo,
en mí, en ti,
en nosotros muere el invierno.

Diamantino estertor,
irritada claridad,
lágrimas que la luz arrebata y fecunda.
Muerte llena de oro.

Todo es posible
en ese activo sueño.

De *Valses y otras falsas confesiones*

Vals del Ángelus

Ve lo que has hecho de mí, la santa más pobre del museo, la de la última sala, junto a las letrinas, la de la herida negra como un ojo bajo el seno izquierdo.
Ve lo que has hecho de mí, la madre que devora sus crías, la que se traga sus lágrimas y engorda, la que debe abortar en cada luna, la que sangra todos los días del año.
Así te he visto, vertiendo plomo derretido en las orejas inocentes, castrando bueyes, arrastrando tu azucena, tu inmaculado miembro, en la sangre de los mataderos. Disfrazado de mago o proxeneta en la plaza de la Bastilla —Jules te llamabas ese día y tus besos hedían a fósforo y cebolla. De general en Bolivia, de tanquista en Vietnam, de eunuco en la puerta de los burdeles de la plaza México.
Formidable pelele frente al tablero de control; grand chef de la desgracia revolviendo catástrofes en la inmensa marmita celeste.
Ve lo que has hecho de mí.
Aquí estoy por tu mano en esta ineludible cámara de tortura, guiándome con sangre y con gemidos, ciega por obra y gracia de tu divina baba.
Mira mi piel de santa envejecida al paso de tu aliento, mira el tambor estéril de mi vientre que sólo conoce el ritmo de la angustia, el golpe sordo de tu vientre que hace silbar al prisionero, al feto, a la mentira.
Escucha las trompetas de tu reino. Noé naufraga cada mañana, todo mar es terrible, todo sol es de hielo, todo cielo es de piedra.
¿Qué más quieres de mí?
Quieres que ciega, irremediablemente a oscuras deje de ser el alacrán en su nido, la tortuga desollada, el árbol bajo el hacha, la serpiente sin piel, el que vende a su madre con el primer vagido, el que sólo es espalda y jamás frente, el que siempre tropieza, el que nace de rodillas, el viperino, el potroso, el que enterró sus piernas y está vivo, el dueño de la otra mejilla, el que no sabe amar como a sí mismo porque siempre está solo. Ve lo que has hecho de mí. Predestinado estiércol, cieno de ojos vaciados.
Tu imagen en el espejo de la feria me habla de una terrible semejanza.

De *Canto villano*

Curriculum vitae

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vítores
sino ladridos de perros
y que tu sombra
tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora.



» Blanca y su hermana Nelly, ca. 2000.

De ***Ejercicios materiales***

Casa de cuervos

porque te alimenté con esta realidad mal
cocida
por tantas y tan pobres flores del mal
por este absurdo vuelo a ras de pantano
ego te absolvo de mí
laberinto hijo mío

no es tuya la culpa
ni mía
pobre pequeño mío
del que hice este impecable retrato
forzando la oscuridad del día
párpados de miel y la mejilla constelada
cerrada a cualquier roce
y la hermosísima distancia
de tu cuerpo

tu náusea es mía
la heredaste como heredan los peces la
asfixia
y el color de tus ojos
es también el color de mi ceguera
bajo el que sombras tejen sombras y
tentaciones
y es mía también la huella

de tu talón estrecho
de arcángel
apenas pasado en la entreabierta ventana
y nuestra
para siempre
la música extranjera
de los cielos batientes

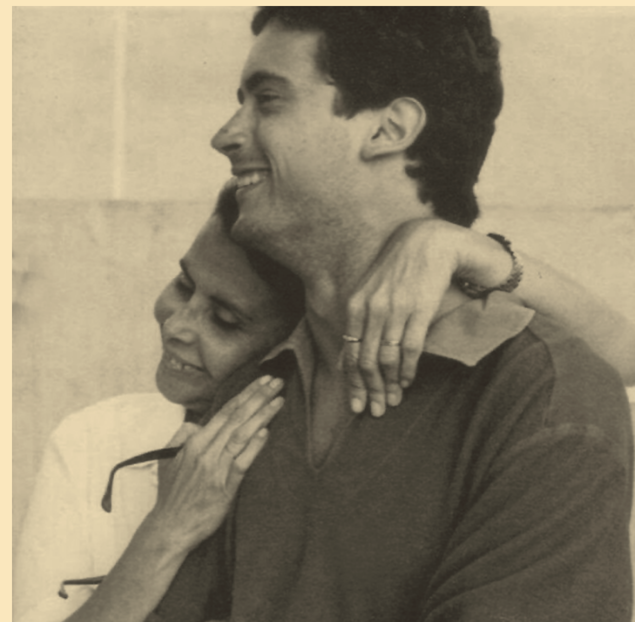
ahora leoncillo
encarnación de mi amor
juegas con mis huesos
y te ocultas entre tu belleza
ciego sordo irredento
casi saciado y libre
con tu sangre que ya no deja lugar
para nada ni nadie

aquí me tienes como siempre
dispuesta a la sorpresa de tus pasos
a todas las primaveras que inventas
y destruyes
a tenderme —nada infinita— sobre el mundo
hierba ceniza peste fuego
a lo que quieras por una mirada tuya que
ilumine mis restos

porque así es este amor
que nada comprende y nada puede

bebes el filtro y te duermes
en ese abismo lleno de ti
música que no ves
colores dichos
largamente explicados al silencio
mezclados como se mezclan los sueños
hasta ese torpe gris que es despertar
en la gran palma de dios
calva vacía sin extremos
y allí te encuentras
sola y perdida en tu alma
sin más obstáculo que tu cuerpo
sin más puerta que tu cuerpo

así este amor
uno solo y el mismo con tantos nombres
que a ninguno responde
y tú mirándome
como si no me conocieras
marchándote
como se va la luz del mundo
sin promesas
y otra vez este prado
este prado de negro fuego abandonado
otra vez esta casa vacía
que es mi cuerpo
adonde no has de volver



» Blanca y su hijo Lorenzo en los 80.

De ***El libro de barro***

Hundo la mano en la arena y encuentro la vértebra perdida.
La extravío al instante. Sombra de marfil, desangrada. Mi
padre sonríe. De este lado del mar la espuma es oscura.
Huele a fiera me dice la pequeña amiga. El mar huele a
vida y a muerte le respondo. Supongamos que es así.

La salud aferrada a la roca. Piedra sensible a la luz. El cazador
carece de manos y pies. Es ciego y desea. Y su deseo es
el bosque bajo el agua, poblado de sexos en flor o de flores
maestras que horadan el silencio con sus grandes picos
rojos y negros.

El niño se miró al espejo y vio que era un monstruo. Misterios
de la luz. Según el cristal en que se mira nacer o morir.
Las viejas imágenes se oxidan.

Al pelar un fruto abruma el misterio de la carne.
Los dientes rasgan un continente oscuro, los sentidos
descubren la fragilidad de cualquier límite.
Palpar la imagen, escuchar la sangre. Oír su sagrado perfume.

Eco tras eco desenterrar la infancia. Esperar con paciencia
que el recuerdo destile en nuestro oído su jerga de aguas
negras.

De ***Concierto animal***

Si me escucharas
tú muerto y yo muerta de ti
si me escucharas

hálito de la rueda
cencerro de la tempestad
burbujeo del cieno

viva insepulta de ti
con tu oído postrero
si me escucharas

De ***El falso teclado***

nadie nos dice cómo
voltear la cara contra la pared
y
morirnos sencillamente
así como lo hicieron el gato
o el perro de la casa
o el elefante
que caminó en pos de su agonía
como quien va
a una impostergable ceremonia
batiendo orejas
al compás
del cadencioso resuello
de su trompa

sólo en el reino animal
hay ejemplares de tal comportamiento
cambiar el paso
acercarse
y oler lo ya vivido
y dar la vuelta
sencillamente
dar la vuelta



AGRADECIMIENTOS

Camilla de Szyszlo
Carmen Rico
Enrique Polanco
Fietta Jarque
Herman Schwarz
María del Carmen Ghezzi
Maruja Bromley
Nelly Varela
Patricia Vargas Llosa
Sabina de Szyszlo
Yolanda Monge
Vicente de Szyszlo

BIBLIOGRAFÍA

» **CATERIANO BELLIDO, Pedro (comp.)**
2008 *Veinte peruanos del siglo XX*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

» **DE SZYSZLO, Fernando**
2016 *La vida sin dueño*. Lima: Alfaguara.

» **DREYFUS, Mariela y Rocío SILVA SANTISTEBAN (comps.)**
2007 *Nadie sabe mis cosas. Reflexiones en torno a la poesía de Blanca Varela*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

» **VARELA, Blanca**
2016 *Poesía reunida, 1940-2000*. Epílogos de Ana María Gazzolo y Giovanna Pollarolo. Lima: Casa de Cuervos y Sur Librería anticuaria.
2016 *El falso teclado*. Lima: Casa de la Literatura Peruana.
2007 *Aunque cueste la noche*. [Antología] Edición e introducción de Eva Guerrero Guerrero. Selección de Ángel González Quesada. España: Ediciones Universidad de Salamanca.

ÍNDICE Y PROCEDENCIA DE LAS IMÁGENES

1. **Retrato a lápiz sobre papel.** Blanca Varela, por Fernando de Szyszlo, ca 1947. Fotografía: Archivo Familia de Szyszlo Varela. **13**
2. **Retrato de Blanca Varela.** Fotografía: Baldomero Pestana, ca. 1960. Cortesía de Fietta Jarque y Carmen Rico. **10**
3. **Portada de *Ese puerto existe*,** publicado en 1959. Archivo familia de Szyszlo Varela. **12**
4. **Blanca en la década del 60.** Archivo familia de Szyszlo Varela. **14**
5. **Blanca Varela y Fernando de Szyszlo en el barco Reina del Pacífico.** Rumbo a París, ca. 1949 Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **16**
6. **Blanca y su hermana Nelly, ca. 1933.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **19**
7. **Sebastián Salazar Bondy (sin fecha).** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **22**
8. **Blanca en la oficina del Fondo de Cultura Económica.** Fotografía: Baldomero Pestana, ca. 1970. Cortesía de Fietta Jarque y Carmen Rico. **26**
9. **Blanca y Fernando pasan el verano en puerto Supe a fines de los 40**. Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **29**
10. **Fernando de Szyszlo (sin fecha).** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **30**
11. **Retrato de Blanca por Fernando de Szyszlo**. Taller de la calle Soldado desconocido, en Santa Beatriz, ca. 1947. Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **31**
12. **En el París de los años 50, con Octavio Paz, Fernando de Szyszlo y Elena Garró.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **32**
13. **Blanca y Fernando (sin fecha).** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **34-35**
14. **Blanca en Supe.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **38**
15. **Esmeralda Gonzales Castro con sus nietos Vicente y Lorenzo de Szyszlo.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **46**
16. **Blanca y su hijo Vicente a fines de los 60.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **49**
17. **Con sus hijos Vicente y Lorenzo durante los 70.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **50-51**
18. **Lorenzo y Vicente durante los años 80.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **53**
19. **Escena familiar.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **54**
20. **Blanca Varela en la década del 80.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **56**
21. **Blanca Varela.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **58-59**
22. **Blanca Varela en EE.UU. hacia fines de los 50.**Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **66**
23. **Blanca y su hermana Nelly.** Fotografía: Archivo familia de Szyszlo Varela. **70-71**
24. **Blanca y su hijo Lorenzo en los 80.** Fotografía: Alicia Benavides. Archivo familia de Szyszlo Ghezzi. **75**

La poesía peruana tiene un prestigio cuya majestuosidad, acaso también su lado más sublime, nace de la propuesta de manifiestos líricos como los de Eielson, Moro, Westphalen, Eguren, y, por supuesto, esta maestra del verso. ¿Qué hay después de Blanca Varela? Solo un matiz, una variación, una modulación. Tenemos, lector unánime, un modo de sentir la poesía en su estado más creativo, en su serena fuerza, en su poderío incólume de tanto sobrevivir. Después de la palabra, sobrevive la palabra, anunciaba nuestro Vallejo, y la poesía de Varela es la más soberbia demostración de ello.

Rubén Quiroz Ávila

Poeta

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

GC GERENCIA DE CULTURA PARA LIMA